

—Sólo he de guardar respeto a la opinión que ella produzca en mi rey y señor, y en la de mi querido y viejo maestro el Nacón de este Consejo, al cual también saludo con respeto.

—A los demás, ya sean sacerdotes o guerreros, los emplazo para después que sean comprobadas mis palabras.

Al terminar Arausi, dice Tutulxiu:

—Para mí continúas siendo la amada Flor del templo de tu diosa, y si llegase a comprobar alguna deslealtad en tu persona, entraría en duda hasta de mis más fieles guerreros.

—Veo que el Nacón quiere hacer uso de la palabra, sigue diciendo:— después de él puedes dar comienzo a tu relato.

Surabta ha distraído su atención por el momento observando el porte marcial de los guerreros que escoltan al monarca. Estaba admirando sus brillantes armaduras, sus extrañas armas y rodelas, cuando de pronto vuelve de su abstracción al escuchar una palabra armoniosa que dice:

—Virgen de Xochiquetzalli, amada hija: —yo te saludo y he de decirte, que si una sola gota de sangre desleal corriese por tus venas, querría morir.

Después de estas palabras del Nacón, Surabta ya no teme por la suerte de su amada: una gran confianza lo fortifica: ya no duda de que saldrá triunfante del Consejo. Ahora escucha la palabra de su querida Arausi, la llamada Xochitl entre los nahuas, que comienza a relatar las penalidades sufridas para volver a su patria.

Cuenta con toda clase de detalles las luchas contra las fieras, las hambres que sufrieron y los horrores infinitos y también las varias batallas que tuvieron que sostener los guerreros terbis mandados por Surabta, la mayor parte de ellas contra fuerzas superiores. Les cuenta como ella cayó herida en una de estas batallas y como los terbis la condujeron en brazos durante ocho meses de constantes marchas por bosques y pantanos, y también las veces que estuvieron perdidos en las selvas.

Después retrocede Arausi en su relato y de modo vívido cuenta cómo derrotó a Tuxpan.

Un murmullo amenazador corta su palabra. Surabta pasa la vista por la guardia del monarca y cree que por momentos ambos quedarán despedazados a sus manos. El mismo rey se ha parado y su mirada deslumbra con sus fulgores. Avanza un paso Surabta por instinto de protección para su amada, y en eso dice Arausi:

—Tutulxiu, dios de la guerra: Tu Grandeza debe escuchar, como siempre, los motivos que tuve para combatir a Tuxpan. A estas palabras, se sienta de nuevo el rey y se serena su expresión.

Y sigue diciendo Arausi: — El ejército derrotado por mí, apoyada por los guerreros terbis, no fue el gran ejército enviado por mi patria para la conquista de todas las naciones de la América. Yo vencí a un pequeño núcleo de traidores que Tuxpan había ido enganchoando en los territorios que habíamos ido conquistando. Tuxpan tuvo la gran habilidad de ir dejando los elementos de nuestro ejército acantonados en esos

territorios, de tal manera, que cuando llegamos a las planicies vecinas a la nación güetar, ya nuestro ejército se componía en su mayor parte de guerreros extranjeros muy adictos a él, y de nuestros aguerridos nahuas no quedaban más que algunos centenares.

Mi padre, el Gran Quetzal, había tenido frecuentes desavenencias con Tuxpan con motivo de estas medidas, y notando que aquellas tropas bisoñas comenzaban a murmurar sobre cada orden que daba, decidíó suspender el avance, mientras que entraba de nuevo en íntimo contacto con la base y le llegaban de la patria más soldados aguerridos.

Aprovechó para ello lo benigno del clima de la región a que habíamos llegado, pues aquellas altas mesetas se asemejaban a un edén, y en ellas decidíó establecer sus campamentos permanentes.

—Varias veces durante la campaña me había pedido Tuxpan que lo aceptara en matrimonio, a lo que siempre me negué porque me era terriblemente antipático, como si sospechara los instintos perversos que albergaba en su alma; porque han de saber, que Tuxpan, el hermano del Gran Sacerdote aquí presente, fue el traidor que deshizo el gran ejército de mi patria arrancándole la gloria de tan colosal conquista.

Ante esta terrible acusación, surgen de pronto protestas y gritos pidiendo que Xochitl sea expulsada del recinto, y en medio de esas voces se escucha airada la del Gran Sacerdote, pidiendo al rey que ordene que sea debidamente respetada su preeminencia y la de toda la casta sacerdotal. —¿Cómo es posible dice, que ante el Consejo Real sea acusado de traidor el anti-

guo Nación, el Gran Tuxpan, y que tal infamia sea escuchada sin protesta?; pero sus palabras quedan inmediatamente ensordecidas por el penetrante sonido del tambor de guerra, y seguidamente se escucha la voz concisa y cortante del monarca que dice:

—Soy el primero en respetar los dictados de la ley y sus preeminencias, pero cuando tratan de aprovecharse de ellas para arrollar a la justicia, entonces salto sobre toda conveniencia y me declaro arbitrario justiciero. —En esta larga sesión he tenido varias veces que imponer silencio: al que emita una palabra más sin habérsela concedido lo expulsaré del recinto.

Entonces siguió Arausi su relación así: —Nuestro gran ejército había ido de conquista en conquista de acuerdo con el plan establecido. En los terrenos dominados íbamos dejando inmensas fincas modelo, como puntos de aprovisionamiento. —Construíamos palacios para los jefes sojuzgados y, el gobierno de esos Estados lo hacíamos compartir con uno de los nuestros. —Les dábamos escuelas y hospitales dotados y sostenidos por nuestros propios elementos, y al seguir nuestro avance, les dejábamos maestros en todas las artes e industrias y también sabios y artistas.

Y así seguíamos de Estado en Estado hasta llegar al territorio en que decidimos establecer nuestro campamento permanente mientras recibíamos auxilios.

—De pronto, fuimos una noche sorprendidos por la sublevación de Tuxpan, y aunque nuestros centenares de leales se defendieron como tigres, cayeron muchos y otros fueron aprisionados.

Para satisfacción de los bravos guerreros que aquí

me escuchan, he de decir, que cuando fuimos hechos prisioneros, entre las tropas sublevadas no había más que un solo guerrero de las antiguas tropas de la patria. — Todos nuestros holcanes (guerreros), aquellos nahuas cabeza de serpiente, todos estaban muertos, heridos o prisioneros como nosotros; y ese solo guerrero nahua que quedaba era el traidor Tuxpan.

Todos los prisioneros fuimos lanzados del ejército, prohibiéndonos volver hacia la patria, y nos abandonaron sin víveres, medicinas ni armas de ninguna clase; y no obstante, nuestros leales nahuas prefirieron arrostrar una muerte cierta, a jurar obediencia al traidor. — Cuando llegamos a la costa decidimos separarnos en pequeños grupos, para hacer un rodeo y encontrarnos de nuevo detrás del ejército sublevado, siempre con la ilusión de recoger parte de las tropas acantonadas en los otros territorios y volver contra los traidores.

— Pero los dioses habían decidido el castigo de Tuxpan en otra forma. — Nuestro grupo llegó a las márgenes del río Tarire. — Terribles fiebres fueron diezmando a nuestros soldados, y por fin caí yo también, y muchos días después abrí los ojos entre una tribu de viceytas que me había encontrado abandonada en la montaña. — Allí me curaron y atendieron con gran cariño, y en el momento en que me sentí algo repuesta, mi primer pensamiento fue para la patria. — Decidí dedicar todo mi empeño a instruir a los guerreros terbis, que eran una rama muy aguerrida de aquella tribu viceyta, y con ellos exterminar a las tropas de Tuxpan, y cuando comenzaba a poner en

ejecución este ideal, el ejército de los traidores llegó a atacarnos. —Los desbaratamos, y a un certero golpe de mi arco, tuve el honor de ver caer al más gran traidor que mi raza ha conocido.

—Después, los sacerdotes viceytas sublevaron al pueblo contra mí, temerosos de que yo les restara poderío, consiguiendo Surabta, que era el jefe de los guerreros terbis, arrancarme de sus manos, en los momentos en que las turbas iban a lanzarme a una hoguera.

Al terminar Arausi su relato el monarca suspendió la sesión.

Fueron conducidos Arausi y Surabta fuera del salón del trono y rato después les comunicó Holcatl que la Cámara Real había decidido que ella quedara recluída en el Templo de las Vestales, mientras volvía el ejército que se iba a mandar en socorro de los guerreros que quedaran del ejército disperso, para con ellos comprobar la veracidad de su relato, y que Surabta y sus guerreros no traspasaran el recinto de la ciudad mientras tanto.

—Esta medida que parece dura, les dice Holcatl, —se ha tomado para evitar posibles dificultades que quieran crearnos los sacerdotes y los itzaes, pues es conveniente que sepas, que desde que salió el gran ejército, ellos han seguido tratando de levantar al pueblo, y este desastre de nuestras tropas tratarán de aprovecharlo en favor de sus planes. —Ya hemos despachado emisarios para que hagan saber la verdad de las noticias a todos los guerreros que están esparcidos en sus labores por los campos y seguro estoy

de que también los itzaes ya habrán despachado los suyos.

—Repetidas veces he dicho al monarca que ya es tiempo de que reprima con mano dura las constantes conspiraciones de los nobles. Hemos respetado a sus sacerdotes, templos y costumbres, y ellos han considerado como temor y debilidad nuestro noble proceder.

En eso llega el Nacón, pues él ha sido el encargado de la custodia de Xochitl, y cuando Surabta comprende que van a separarlo de su amada, tiene un arranque de protesta, y entonces el Nacón le dice:

—Si eres un guerrero tan esforzado como dice Xochitl, déjala partir, pues ella va en cumplimiento de deberes con su patria. —Hoy precisamente se efectúa una conjunción de astros, y debido a ello, las decisiones que se tomen darán mayor esplendor a la nación, aumentando grandemente su saber y poderío.

—Sólo por la potencia guerrera, sigue diciendo el Nacón, no es fácil que una raza pueda mantenerse en una nación extraña. —Para que los nahuas puedan hacer permanente su poderío en el territorio de los itzaes, tienen que amalgamarse a su gran cultura y saber, porque estas facultades son permanentes y en cambio, el poderío de las armas pasa rápidamente.

—Al aceptar el monarca, en parte, la opinión de los sacerdotes con respecto a Xochitl, contiene la avalancha del pueblo inconsciente y apasionado, mientras que consigue por fin afianzarse en el poder.

Estas palabras del Nacón consiguen calmar la ansiedad de Surabta, pero no puede evitar que lo domine la congoja al ver que se llevan a su Arausi, y

entonces inclina la cabeza y las lágrimas corren lentamente por sus mejillas.

Varios jefes de la guardia que han llegado lo rodean, y le ofrecen su amistad con grandes muestras de cariño.

CAPITULO III

Días después, el jefe Holcatl llevó a Surabta al palacio por instancias del monarca. Al llegar al pórtico se quedó encantado observando los preciosos es-



Estuco del Palacio Real. Na-chan-caan (Palemke)

tucos de las columnas y los interesantes medallones simbólicos representando culebras con plumas y águilas.



Coatlé (culebra con plumas)

Tutulxiu lo recibió en un pequeño cuarto de estudio que tenía establecido en lo más alto de la torre y desde el cual se dominaba todo el valle de Nanchan-caan.



Aguila nahua

Después de saludarlo amablemente le dijo: —Desde aquí puedes ver los principales monumentos de la ciudad que te he dado por cárcel, pues no debes de olvidar que a instancias de los sacerdotes eres nuestro prisionero. —Pero no tengas prisa por volar, pues en

un futuro muy cercano serás tan libre como las águilas.

—Acércate y mira, le siguió diciendo: —Aquel pequeño monumento que queda al este y al otro lado del río Otolum, es el Templo del Sol y el pequeño edificio que está a su izquierda es el palacio del Gran Sacerdote. —A un lado y algo detrás puedes ver otro templo más grande que el del Sol: ése es el de las Vírgenes Vestales, dedicado a la Diosa Xochiquetzalli. —En él tengo recluida a la hija de mi mejor amigo, al que quise más que a un hermano, que se llamó el Gran Quetzal. —Nunca olvides, Surabta, que por encima de los deberes sagrados de la amistad está el más alto deber para con la patria.

—Volviendo la vista al oeste, distinguimos el Templo de la Historia o de las Inscripciones. Su interior está cubierto de tableros de piedra o de estuco, y en ellos esculpida toda la historia de esta Nación, los fundamentos de las antiguas religiones, las leyes, los horóscopos de los principales personajes, el cómputo cronológico con las reformas hechas por el actual Nación al calendario maya, así como las leyes cíclicas y principales fundamentos y fórmulas matemáticas.

—Te recomiendo que visites este templo con frecuencia en compañía del hombre de mayor talento que tiene esta Nación, que es el Nación Trienal, con el cual espero que te unirás íntimamente, para que a la vez que tú te instruyas con su ciencia, él aprenda cuanto antes tu lengua terbi.

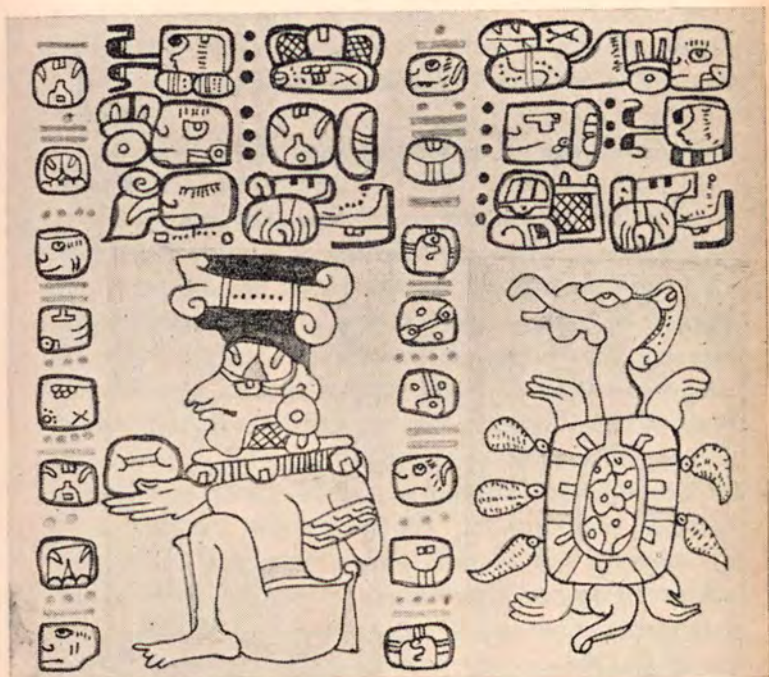
—Aquel otro edificio que está al sur y que parece de color blanco, es el Templo que ahora llaman de

los Sacrificios. Cuando lo miro y cierro los ojos, creo verlo de color de sangre. Es el Templo nefasto donde los feroces sacerdotes estuvieron ofrendando horribles hecatombes a sus negras deidades. Y debido a ello, fue seguramente, que los espirituales dioses mayas sugirieron a mis tribus nahuas la invasión de este territorio. Día llegará en que ese Templo pueda de nuevo volver a ser el brillante faro de la ciencia. Todos los puedes visitar menos el de las Vestales, pues las leyes del Estado condenan con la muerte al que entra al recinto de la diosa Xochiquetzalli, y con igual pena al que facilita la entrada a otra persona. No lo olvides.

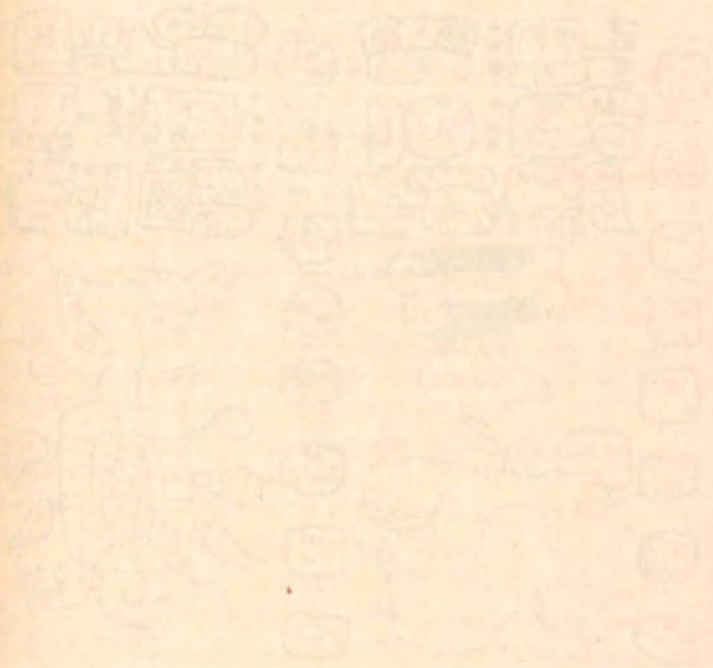
Ven a este palacio siempre que gustes, en la seguridad de que en él encontrarás amigos que te quieran. Y por último, quiero decirte: que yo estimo a los hombres en tiempo de guerra, por serenos y valientes y en la paz, por sobrios y estudiosos.

Con toda premura se ha estado alistando el ejército de socorro que ha de recoger las tropas dispersas. Surabta ha estado instruyendo a sus jefes sobre las dificultades y tribus con que ha de tropezar, así como de los pantanos y lugares peligrosos. En estas conferencias ha tenido ocasión de estrechar su amistad con Holcatl y el Nación.

Con este hizo su primera visita al Templo de la Historia. Dista este templo del palacio real unos doscientos cuarenta pies: está situado sobre una pequeña colina y descansa sobre una pirámide de gradas. Cinco entradas adornan la fachada, y los pilares que quedan entre las puertas están cubiertos de varios bajo relieves en estuco, representando figuras con ofrendas de



HOJA DE UN ANAHTÉ (TOMADA DEL CÓDICE CORTESIANO)



flores y de frutos y mujeres con niños en los brazos. Las entradas dan a un amplio corredor el cual tiene en el centro una gran puerta que conduce al salón de las inscripciones y dos laterales que corresponden a unos cuartos más pequeños.

—Este de la derecha, le dice el Nación, es mi cuarto de estudio y en el del frente trabajan mis auxiliares.

La sala de las inscripciones es de alto techo abovedado todo de piedra.

—Cuando tengas más conocimientos del idioma maya, le va diciendo, podrás leer en las inscripciones de estos tableros los anales de nuestra historia y de las antiguas leyes de este pueblo. —Aquí se consiguen los cambios religiosos, aquí las leyes y, en este otro textero los horóscopos. Así se le van detallando, entre aquella multitud de jeroglíficos, las secciones destinadas a cada uno de los ramos de la ciencia maya. Después le dice: —Como lo indican los bajo-relieves de la entrada, en cierta fecha del año traen las madres a sus pequeños a este templo con ofrendas de bellas flores y frutos, y de acuerdo con la influencia de los astros que precedieron a su nacimiento obtenemos las fórmulas cabalísticas que nos dan el horóscopo de ellos.

—Ahora pasemos a mi cuarto: —Todos los estantes están repletos de anahtés (libros antiguos de los mayas) en los que está registrada la sabiduría de los dioses y de los hombres. —Como ves, estos libros están formados, unos por largas tiras de piel, curtida con barniz, y otros con papel de henequén al que se le

da un lustre blanco. —Se escribe en las tiras por ambos lados formando figuras de colores combinadas con caracteres negros llamados katunes, los que cada uno representa una idea, y se leen en líneas horizontales de izquierda a derecha.

—Los sacerdotes somos los guardianes de estos libros, que algunas veces llevamos en las peregrinaciones, y en las grandes festividades son también sacados y enseñados al pueblo; principalmente, en la fiesta dedicada al dios Zamná que fué el inventor de la escritura. —Cuando se celebra la fiesta de la purificación de los templos se sacan todos los anahtés y se mojan con el agua de una fuente que está en un monte donde no puede llegar ninguna mujer, y como esta agua tiene cardenillo, los libros no se destruyen nunca.

—Pues todo este tesoro de ciencia podrá ser tuyo, terminó el Nacón, si sigues manteniendo tu alma pura; y basta por hoy, pues se acerca la hora de hacer mis prácticas religiosas.

Un día estaba Surabta recordando las palabras sentenciosas del monarca, y sabiendo que habían sido los sacerdotes los más empeñados en que Arausi y él fuesen aprisionados, decidió conocer de cerca al enemigo, y entonces se dirigió al palacio del Gran Sacerdote.

Un lujo inusitado adornaba esta mansión desde su entrada. Fué introducido a un espacioso salón de paredes estucadas, las cuales desaparecían casi por completo bajo tapices bordados, encuadrados por anchas franjas formadas por placas de oro. El suelo estaba

cubierto enteramente por una manta bordada en realce representando diversas alegorías de dioses, y al fondo se veía un deslumbrante tlatocaicpalli (trono con dosel). Era todo de oro calado cual un encaje y con rubíes y esmeraldas incrustadas. Un cojín de tejido de brillantes plumas descansaba en el asiento y de igual género estaba revestido todo el dosel. Por doquiera se veían banquitos sin respaldo, también de oro calado y pedrerías y al lado de ellos unas mesitas con base en forma de pirámide, con esbeltas columnillas de ágata rosada, rematadas por una plancha de oro pulido. Sostenía cada una de estas mesas, cajitas también,



Caja para incienso

de oro, y unas tazas semi-esféricas y, a su lado, unos preciosos ídolos de jade y de alabastro de distintas formas y colores. Hallábase Surabta tan estático-

contemplando tales riquezas, que no había notado la entrada de un cortejo de sacerdotes. Quedó al principio algo cortado al ver el silencio que todos guardaban. Después entraron otros sacerdotes con braseros, y fueron poniendo carbones en las tacitas y echando en ellas unas bolitas de perfume sacadas de las cajas.

No se atrevió Surabta a hablar mientras no le dirigieran la palabra, temeroso de incurrir en falta de cortesía.

Entonces el Gran Sacerdote ocupó el trono y con una señal le ofreció el asiento más cercano, ocupando otros los demás sacerdotes.

Seguidamente dijo Huenac:

—Este perfume de cib (incienso copal) que ahora ofrendamos a los dioses, espero que sirva en adelante de cariñoso lazo de unión entre nosotros.

—Los sacerdotes que aquí ves, son todos maestros en la ciencia en que cada uno de ellos se ha especializado.

—Como debes de haber comprendido, la tranquilidad del Estado requería que se tomaran las duras disposiciones que se acordaron contra vosotros, y dichosamente el monarca comprendió a tiempo la razón que me asistía, pues, seguramente así se han evitado grandes disturbios provenientes de las masas ignorantes.

—Yo me prometo ponerte en relaciones de amistad con lo más notable de la aristocracia de los itzaes, pues así te corresponde por tu alta calidad de jefe de los guerreros terbis: y ahora puedes hablar.

—Gran Huenac, dice Surabta: —Quedo altamente reconocido por la cariñosa acogida que se me ha dis-

pensado en tu palacio. —Para irme imponiendo poco a poco de la altísima civilización a que ha llegado este pueblo, he comenzado por estudiar sus templos y solicito tu venia para visitar también el de los Sacrificios.

—Te concedo el permiso, le contesta, y haré que a él te acompañe alguno de los sacerdotes para que puedas recibir valiosas informaciones sobre la teogonía maya.



Dios de la Agricultura

—Veo por tus miradas, le sigue diciendo, la curiosidad que sientes por conocer el significado de los ídolos que están sobre las mesas. —Ellos representan las distintas deidades bajo cuya protección están las artes y las ciencias. —Cada uno de estos sacerdotes, de acuerdo con las actividades en que se ha especia-

lizado, se coloca bajo la protección del respectivo dios. —El que queda en esa mesita a tu derecha representa a Ixchel, que es la diosa de la medicina; el siguiente es Xocbitun, musa del campo, y el que le sigue es Ahkinxoc, musa de la poesía. —A tu frente está Kacupanac, dios de la guerra, bajo cuya egida se hallan los Nacones, y aquel otro de jade verde representa a la diosa Zuhuykac que es la protectora de las vírgenes vestales. —Este que tengo a mi lado es la representación de Man, dios de los antepasados.



Símbolo relativo a Cihuacoatl

Por largo rato siguió el Gran Sacerdote su interesante relato, y cuando salió Surabta del palacio, iba encantado de las muchas atenciones que había recibido.

Seguidamente se fué en busca de Holcatl con el deseo de contarle la conversación que había tenido

con el Gran Sacerdote. Lo encontró acompañado de varios oficiales y todos escucharon con gran atención la relación que hizo de su visita, notando con extrañeza que nadie se admirara de tan amable recibimiento.

—Esas atenciones son muy propias de la fina inteligencia del Gran Sacerdote, le dijo por fin Holcatl, y yo preferiría verlo airado y listo para el combate a encontrarlo tan cariñoso. —Nunca se sabe de donde sale el mortífero dardo lanzado por Huenac. —De la relación que nos has hecho, yo deduzco, que su idea es tratar de llevarte a su bando, pues dentro del núcleo de aristócratas y sacerdotes que él domina, hay hombres de profundo saber, pero ninguno capaz de acaudillarlos; y como tú eres guerrero libre y sin compromiso para nadie, seguramente te necesitan como jefe.

—Huenac y sus secuaces nunca llegarán a consolarse de sus glorias idas. —Ellos domeñaron de feroz manera a este pueblo que era feliz, y consiguieron sojuzgarlo por medio de sus artes mágicas, a tal extremo, que presenciaba horrorizado el sacrificio de sus hijos, y quedaba convencido del alto honor que había merecido de sus dioses, al elegir como víctimas a sus pequeños; y mientras tanto, esas fieras carniceras usaban de los corazones palpitantes para sus negras artes y para conseguir que sus dioses sanguinarios siguieran atemorizando al pobre pueblo; y para tenerlo más dominado, suprimieron las escuelas de filósofos y de ciencias que tan altas florecieron, y esos son los que aspiran a que tú los acaudilles para sumir de nuevo en sangre a esta raza poderosa.

--Pues si tal pensaron, dice Surabta, eso sería suficiente para que les jurara guerra a muerte; y para quitarles de la mente esa idea desearía que me admitieran cuanto antes en alguna de las secciones de tus guerreros.

Hablaré con el rey de tu deseo y también de tu visita a Huenac.

CAPITULO IV

Cierta noche estaba Surabta con Deyé apostado frente al Templo de las Vestales. Quería ver a su Arausi a toda costa, aunque fuera necesario para ello entrar al mismo templo. Recordaba las palabras del rey sobre los castigos que correspondían al que entraba en su recinto, y no obstante, estudiaba los medios que ofrecieran el menos riesgo para ello, cuando vieron salir a Arausi envuelta en un manto blanco y acompañada de un sacerdote que la alumbraba con una tea, y de un hermoso tigre que la seguía. Entraron en el Templo del Sol y un rato después volvieron al de las Vestales.

Surabta se sintió algo más reconfortado y decidió averiguar con el Nación los detalles de la distribución interior de ese templo.

Cuando al día siguiente comenzó a preguntarle sobre las costumbres y la vida que hacían las vestales en los templos, comprendió el Nación enseguida sus intenciones, pero no obstante, le dió las siguientes explicaciones:

—Viven las vestales en el edificio que queda en el costado sur del templo en que se venera a la vir-

gen Xochiquetzalli. —Se dice que esta diosa bajó del cielo sólo con el deseo de proteger la alegría y los amores castos, y su nombre significa Flor Preciosa:

—Están bajo la dirección de una superiora que las cuida, y a las que perseveran en el servicio de los templos hasta su muerte, se les levantan estatuas y son adoradas como diosas. —Visten de blanco y se adornan solamente con cintillos de plumas blancas en brazos y piernas. —Se dedican principalmente al bordado de bellas mantas para los sacerdotes y a mantener el fuego sagrado, y su responsabilidad en esta ocupación es tanta, que si le dejan apagar son infaliblemente condenadas a muerte; y si violan el voto de castidad, muertas a flechazos.

—La casa de las vestales, lo mismo que los cuartos reservados que hay en el templo, que es donde ellas esperan su turno para cuidar el fuego, son sagrados; y se juega la vida también el que entra en ellos, así como su cómplice. —El Gran Sacerdote tiene la facultad de suspender el voto de las vestales para que puedan casarse; y para terminar los detalles que me pides, he de decirte, que comprendo que tu pregunta se refiere especialmente a conocer el lugar donde está reclusa Xochitl para tratar de hablarle: ella está en un pequeño cuarto de la esquina este del templo de la diosa y bajo mi inmediata custodia, y por las noches delego en un sacerdote, que me es muy fiel, el cuidado de acompañarla cuando va al Templo del Sol a avivar el fuego a la media noche; pero en tí confío, pues mi vida está en tus manos si tratas de trasponer las puertas de ese templo.

—Yo haré lo posible para que puedas verla a distancia, y para ello iremos en visita de estudio al Templo del Sol a una hora que coincida con su visita para cuidar el fuego.

—Y ahora he de decirte, continúa el Nacón, que he podido averiguar que se está preparando un vasto plan contra Xochitl, y como no he podido percibir sus detalles, debemos estar muy prevenidos. —El peligro proviene, como es natural, del núcleo destronado, y debemos esforzarnos por conocer la finalidad que se proponen.

—¿Y cómo has sabido Nacón, le dice Surabta, el peligro en que está Xochitl?

—Debes saber, le dice el sacerdote, que el pensamiento de las personas produce nimbos de color alrededor de sus cabezas y por el matiz e intensidad de esos colores se puede entender la palabra silenciosa. —Pues en esa forma pude leer el pensamiento oculto de una persona y saber que algo se tramaba en contra de Xochitl.

Estas confidencias del Nacón produjeron en Surabta una intensa congoja por ser desconocido el peligro que amagaba a su adorada.

Vivía Surabta con sus guerreros en unas casitas que quedaban a orillas del río y a unos mil quinientos pies del Templo de las Vestales y desde ella se dominaba claramente este templo y el del Sol.

Eran los guerreros de Surabta muy hábiles nadadores y una tarde, cuando el sol comenzaba a ocultarse, llamó a dos de ellos y después de instruirlos quedamente, se dirigieron hacia el río. Allí comenza-

ron a recoger ramas y con ellas hicieron unas pequeñas cargas, las que se ataron con sus propias fajas a la espalda. Cuando igual cosa hizo Surabta los tres se lanzaron a las turbulentas aguas del Otolum y de tal manera quedaron disimuladas sus personas, que ni la vista más perspicaz hubiera podido decir, que aquellas marañas de hojas y ramas pudieran ocultar a Surabta y sus guerreros.

Ellos se dejaron arrastrar a impulsos de la corriente hasta llegar a una pequeña isleta que quedaba frente al Templo del Sol y como a cien pies de él. Allí hicieron alto y después de deshacerse de sus cargas se internaron silenciosamente entre aquella intrincada y centenaria vegetación, y desde uno de los árboles más altos estableció Surabta un constante puesto de vigilancia.

Apenas acababa éste de volver a su casita, después de dejar apostados a los centinelas, cuando se presentó un sacerdote encargado por Huenac de llevarlo a su presencia.

Fue recibido en el palacio del Gran Sacerdote con las mismas muestras de cariño de la primera vez y presentado al príncipe Tlotzin, y a Xolotl, que había sido el canciller antes de la invasión nahua.

Estos dos personajes lo trataron con íntima camaradería. —Si hubieras conocido esta ciudad antes de la invasión, le iba diciendo el ex-canciller, habrías podido presenciar nuestra brillante corte en todo su esplendor. —Aquellos fueron tiempos felices en los que se hermanaba una cultura prodigiosa con la gran suntuosidad que desplegaban los itzaes. —Todos los

cortesanos daban brillantes fiestas a porfía, en las que hacían gala de su inteligencia, sublimes poetas, profundos sabios, mujeres encantadoras como diosas y aquellos políticos sagaces, cuya más alta representación es el Gran Sacerdote aquí presente.

Surabta comprendía, que había sido llamado al palacio con el único objeto de que oyera las alabanzas que hacían sus parciales de las prodigiosas condiciones de estadista que ellos se empeñaban en atribuir al Gran Sacerdote.

El ex-canciller seguía en esta forma su discurso: —Desde que los meca llegaron al Chacnovitán en el VIII ahau (año 401 de nuestra era) al mando de Ahmekat-Tutulxiu, (Tutulxiu es una corrupción de Totoxihutl, que quiere decir pájaro azul), desde esa fecha, marcada por la construcción que inmediatamente comenzaron los nahuas del Templo del Sol, que dedicaron a su dios Kinich-kakmó (llama de sol), desde esa fecha digo, terminó el poderío de los itzaes y principió a declinar la gran cultura maya.

Entonces el príncipe Tlotzin casi interrumpe a su amigo para tomar la palabra, pues tiene gran empeño en demostrar a Surabta sus condiciones oratorias, y con un tono de voz demasiado alto para tan pocos oyentes y que a Surabta le pareció antipática, siguió diciendo:

—Dicen los nahuas que ellos respetaron todas nuestras creencias y costumbres, pero es lo cierto que desde el primer momento ellos impusieron el culto de los cuatro astros, adorándolos bajo los nombres de Kinich-kakmó, Kukulcán, Zamná y Hobo. —De igual

manera, en la organización social también produjeron un cambio radical, pues destruyeron la teocracia de nuestro rey sacerdote, convirtiéndola en una monarquía, teniendo el sacerdocio que aceptar estas imposiciones para no abdicar en absoluto de su poder. —También tuvimos que aceptar el que nuestro floreciente y antiguo pueblo maya quedara convertido en esclavo; pero a cambio de esta concesión conseguimos que los príncipes batabs (caciques de las provincias en que fué dividida la nación), quedaran bajo el mando directo del Gran Sacerdote, y que estos príncipes pudieran ser elegidos solamente entre la casta sacerdotal, y por último, que uno de los Nacones, con el nombre de Trienal, perteneciera a esta casta y a la guerrera y que fuese miembro de cada una de las Cámaras en el Consejo Real del Estado.

—Perdimos el poder, es cierto, pero creo que ningún pueblo vencido ha podido obtener concesiones superiores a las nuestras, y ello se debe, a que Tutulxiu reconoció nuestro inmenso poderío y también la gran inteligencia de nuestro rey destronado, el Gran Sacerdote aquí presente.

Ya estaba extrañando Surabta que el nuevo orador no hubiera quemado su porción de incienso en honor de Huenac, cuando terminó la frase con esta nueva alabanza para el Gran Sacerdote. Y estaba temiendo que el ex-canciller se sintiera de nuevo obligado a continuar relatando los triunfos del antiguo rey sacerdote, cuando trajeron unas cañitas con tallados primorosos, las que fueron repartidas entre los presentes.

Como Surabta no conocía el uso de tal objeto, esperó a que alguno lo instruyera, y cuando se le acercó un sacerdote con unos carbones encendidos, le dijo el ex-canciller.

—Veo que no conoces el uso de estas cañas.
—Prueba a aspirar el humo del tabaco del que está lleno el carrizo interiormente, y sentirás un delicioso placer.

Surabta hizo la prueba y sintió que su pecho se dilataba falto de respiración, y enseguida recordó las palabras de Holcatl, de que nunca se podía saber de donde salía el dardo mortífero lanzado por el Gran Sacerdote; y cuando comenzaba a sentir el terror de estar envenenado, consiguió respirar, y en eso escuchó la risa del príncipe y su voz que decía: —Aspirastes demasiado humo por no estar acostumbrado; pero en pocos días sentirás cuán grato es el placer de fumar.

CAPITULO V

Surabta fue invitado un día por Tlotzin a presentar algunas prácticas del juego de pelota, donde le presentó a varios elementos de la aristocracia de los itzaes. Como de costumbre fue acogido con grandes muestras de amistad y se empeñaron en que entrara en las prácticas que estaban haciendo, y viendo la facilidad con que aprendía sus reglas, decidieron principiar un juego formal.

Desde las primeras carreras se quedaron todos asombrados de su velocidad, así como de la elasticidad con que escabullía el cuerpo y principalmente de los prodigiosos saltos que daba.

Al terminar el juego fue calurosamente congratulado y por doquiera le decían:

—Llegarás a ser un prodigioso e invencible jugador con sólo que adquieras la práctica de pasar la bola a través del círculo.

—¿Y cómo has adquirido esa velocidad y dar esos saltos prodigiosos?, le preguntaban otros.

—Como nuestro principal deporte es la lucha con las fieras, pues que ésto no sólo nos sirve de diversión sino que es obligatorio en los guerreros el con-

tribuir con las cacerías a la alimentación de los poblados, desde que nos presentamos como aspirantes a guerreros, nos someten a ejercicios sistemáticos de agilidad y resistencia. —Antes de la llegada de Xochitl casi desconocíamos la agricultura y teníamos por consiguiente que poner todo nuestro empeño en adiestrar a los guerreros para que pudieran competir en agilidad y ligereza con los mismos tigres.

Entre los guerreros y la alta sociedad corrió rápida la noticia de la gran agilidad que había demostrado Surabta en su juego favorito, y enseguida trataron muchos de comprometerlo para que se inscribiera en el color que correspondía a su grupo para así tenerlo a su favor en las apuestas, pero éste se negó a ello mientras no tuviese la suficiente práctica.

Surabta fue admitido como aspirante a la casta guerrera, lo cual era un alto honor que raramente se concedía por el monarca, pero debido a la mucha fama que Xochitl le había dado de sus grandes condiciones de guerrero, fue admitido sin los estudios correspondientes, fijándose para dos días después la fecha en que había de presentar su examen en presencia de la casta guerrera y de la sacerdotal.

Fue Holcatl el que le dió esta grata noticia, y le agregaba: —A esa ceremonia serán invitados todos los itzaes. —Tendrás ocasión de ver los elegantes uniformes de gala de los jefes guerreros y los deslumbrantes trajes que usan los nobles. —Tú también lucirás un traje completo de guerrero que yo te regalo. —Tendrás que mantenerte en un riguroso ayuno durante un día completo antes de la ceremonia,

no pudiendo tomar en este tiempo más que zaca (bebida compuesta de cacao y maíz).

Surabta se volvió feliz para su casa, pues no podía acostumbrarse a la forzada inacción en que vivía. Por medio de sus instancias, había conseguido que fuesen ocupados parte de sus guerreros en la busca de leña odorífera que se empleaba para mantener el fuego sagrado de los templos, pero él sentía tanta necesidad de ocuparse en ejercicios violentos como de su propia alimentación.

Al día siguiente le llevaron su uniforme y las armas que le ofrecía Holcatl.



Uniforme de guerrero



Tlahuitolli-y-Mitl
(arco y flechas)

El tlahuitolli (arco), de bello pulido, con el carcaj y sus mitl (flechas) de punta de obsidiana. La alta lanza, la macana o macuáhuitl que usaban como espada, con sus cantos de afilado peder-
nal, y el chimalli (rodela) de finísimo trenzado de delgadas cañas.

Después le presentaron el casco de fina piel de tigre y adornos de oro calado, con su pluma de quetzal y cimera de plata representando una serpiente.

Pero la pieza más rica era la ichcahuipilli (armadura), que formaba como un peto cubierto de piel con incrustaciones en pecho y espalda de serpentinas, jades y obsidianas; y también de turquesas y esmeraldas, y en el pecho un medallón con la representación del sol esculpida en plata.

Le entregaron los brazaletes de marfa blanca, el calzón de piel, las polainas de correas entrecruzadas y las sandalias; y por último, el distintivo de los jefes, que era una capa de algodón, adornada con plaquitas de concha nácar.

Con anticipación a la hora de la ceremonia fue por él una comisión de jefes, y llegados a palacio, lo condujeron al pequeño templo que había en el patio junto a la alta



Macana y Chimal
(espada y escudo)

torre, y allí lo dejaron, recomendándole que sólo pensara en los actos de valor que hubiera llevado a cabo en su vida y en los que hubiera querido acometer.

Ya en su soledad, y entregado a sus propios pensamientos, se olvidó por completo de que durante su vida hubiera acometido ningún acto de importancia; pero, en cambio le vino al recuerdo con vívido esplendor, la empresa guerrera más importante que podía imaginar su mente de soldado, que era la de salvar a su amada Arausi del misterioso y terrible peligro que la amagaba, aunque tuviera que luchar para ello contra toda la raza maya, y entonces, inclinando su rodilla ante las deidades extranjeras y sintiendo estremecimientos de vibrante exaltación, dijo:

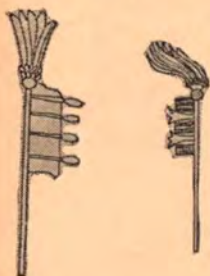
—A tí, ¡oh, valeroso dios de los nahuas!, vibrante de fe y honda emoción, elevo mi plegaria rogándote bendecir y escudar de peligro al amor de mis amores, la sin igual, generosa y bella Xochitl, siempre presta a rendir su vida en aras del saber, del mantenimiento de la justicia, la verdad y el bien ajeno. —Sea yo su paladín invencible y dime qué empresa por temeraria y difícil que ser pudiera he de llevar a cabo en holocausto y gloria tuya. —Sin mi Xochitl serían incalculables los males que lloverían sobre estas tierras, que ya tanto le deben, y una vez más las huestes del mal se gozarían en su triunfo.

Y como si tal plegaria hubiera sido escuchada favorablemente por la guerrera deidad, retendió el macizo templo al trepidante y prolongado toque del tambor, que anunciaba a la casta guerrera que un

nuevo miembro se hallaba próximo a ingresar en ella.

Seguidamente se presentaron los jefes encargados de su custodia, y le condujeron al salón del trono, dejándolo frente al monarca.

El lugar donde Surabta quedó parado estaba cubierto de hojas y de ramas, y enseguida, los mismos cuatro jefes portando unas banderas lo encerraron en un cuadro formado por cordeles rojos que ellos sostenían. Llegó entonces el Gran Sacerdote con sus ayu-



Banderas

dantes, y en un pequeño pebetero quemó incienso en los cuatro ángulos formados por los cordeles, y entonces dijo el monarca:

—Surabta: Las hojas que hay en el suelo han servido para purificar el espacio en que estás parado y los cuatro cordeles que te rodean sirven de barrera para que no lleguen a tí malas influencias que puedan impedir el que seas

recibido en esta casta, y el incienso quemado por el Gran Sacerdote da gran impulso a la plegaria que formulaste en el templo, haciéndola ascender al trono de nuestros dioses.

Entonces un guerrero se acercó al monarca y le entregó una lanza. —Esta lanza será tuya, le dice el rey, —si demuestras ser capaz de usarla. —¿Qué harías con ella si encontrándote solo te vieses rodeado de cientos de enemigos?

—Romperla, Tacatl (noble señor), contestó Surab-



SURABTA

ta, para así evitar que nunca fuera usada contra los de mi casta.

—Pues es tuya, le dijo el rey.

Le presentaron entonces al monarca el casco y la armadura. —¿Y con estas piezas qué harías si tuvieras que deslizarte entre el enemigo para llevar un parte a la sección que hubiera quedado separada?

—Besarlas y después tirarlas sin ruido, contestó rápido Surabta.

—Tuyas son también, dijo el monarca; y por fin, presentándole el distintivo de los jefes de guerreros, le dijo: —¿Y con esta bella capa qué harías en campaña?

Surabta se quedó un momento pensativo y después respondió al monarca: —Esa capa es un precioso regalo de un jefe a quien estimo, pero como sería un gran estorbo en un combate, no sé qué contestar a Tu Grandeza.

Entonces dijo el monarca: —Todo buen guerrero debe estar siempre listo a desprenderse de sus más caras afecciones cuando el bien de la campaña lo demanda. —Como has contestado satisfactoriamente a las dos preguntas principales, quedas reconocido como miembro de la casta; y levantándose del trono le pasó el brazo sobre el hombro. Enseguida los jefes sus padrinos le fueron ajustando el casco y la coraza y le entregaron las armas. Todos los guerreros lo abrazaron y entonces el príncipe Tlotzin se ofreció para presentarlo a algunas damas que tenían empeño en conocerlo.

De todos recibía palabras de amistad y muchos

se empeñaron en comprometerlo a asistir a las próximas fiestas que iban a dar en su honor, pero él, a indicación de Holcatl rehuía todo compromiso, manifestando que el rey deseaba que se instruyera sin descanso en la táctica de los nahuas y que por consiguiente, estaría durante un tiempo ocupado constantemente.

En eso llegaron frente a la princesa Huitzillín, soberana por su belleza al igual que por su rango, como gentilmente le dijo Holcatl, a lo que ella le contestó rápida: —Sólo te acepto la galantería de la frase, con tal de que rompas la dura reclusión en que piensas poner al pobre Surabta, permitiéndole que asista a una fiesta que le voy a preparar en mi palacio y para la cual quedas invitado: ya Tutulxiu me ha ofrecido concurrir a ella. —Y ahora deja a Surabta en mis manos, pues quiero presentarlo a mis amigas.

Era la princesa Huitzillín la más ponderada representación de la belleza na-chan-caana. De apenas veintitrés años y de porte soberanamente majestuoso. Con su melodiosa voz y frases escogidas producía tal atracción, que siempre tenía a su alrededor una corte de admiradores.

Estaba presentando a Surabta a varias de las damas, cuando se acercó a ella el rey seguido de Holcatl y de varios jefes de su escolta. Todos dieron unos pasos hacia atrás y entonces el monarca le dijo a Surabta:

—Acércate guerrero, para que puedas apreciar mejor a este colibrí (significado del nombre de Huit-

zillin), que hoy nos hace el raro honor de concurrir a palacio. —Nosotros los guerreros sentimos el piso poco firme cuando estamos frente a una beldad tan portentosa y el peligro se hace mayor si nos deja oír su armoniosa voz.

—Muy complacida estoy, dice la princesa, de oír tan galantes cumplidos en boca de Tutulxiu y ellos me hacen recordar, por un momento, aquellas recepciones de la depuesta corte, en las que los nobles itzaes usaban con igual destreza de las galantes palabras como en el campo de las afiladas armas. —En la fiesta que preparo y a la que me has ofrecido concurrir, trataré de estrechar más los lazos entre los guerreros de tu corte y los nobles galanes de la mía y yo espero que esa fiesta sea un vívido recuerdo de aquella época que fué la cúspide del saber y de la galantería.

Durante este cambio de frases muchos se habían ido acercando y formando un compacto círculo.

Ahora es Tutulxiu el que toma la palabra y dice: —Bien decía hace un momento, que para los guerreros es más firme el suelo entre las rocas que en los pulidos pisos de un palacio, pero también es cierto que es en los salones donde pueden los guerreros adquirir las artes que les faltan para poder combinar la dura acción con la sutil inteligencia que se hace necesaria para el engrandecimiento de los pueblos; e inclinándose ante la princesa, se separó de ella acompañado de su séquito.

Poco después le avisaron a Surabta que Holcatl

lo necesitaba. Estaba esperándolo en un salón apartado y al entrar le dijo:

—Un guerrero terbi está a las puertas del palacio e insiste en hablar contigo cuanto antes. —Si lo deseas, puedes recibirlo aquí y te dejo solo.

—Prefiero hablar con él en tu presencia, pues como ahora estoy bajo tu mandato deseo que conozcas algunas medidas que he tomado.

Cuando entró el guerrero le dijo Surabta: —Puedes hablar claramente en presencia del Jefe del Ejército.

—Pues estábamos de guardia, dice, cuando vimos que dos sacerdotes sospechosos, que acababan de salir del palacio de Huenac, se escondieron en el edificio en construcción que está al lado de ese palacio. —Poco después pasó por allí un sacerdote que a la distancia creímos el Nacón tu amigo y fué asaltado por los que estaban escondidos, llevándose a la carrera en dirección al bosque donde está el Cenote (profundísimo pozo en el fondo del cual circula un torrente). —Emprendimos nosotros veloz carrera, y haciendo un rodeo, llegamos al Cenote en el momento en que iban a arrojar al pozo al sacerdote, lo que impedimos con tanta rapidez que pudimos dejarlos amarrados y con mordazas sin que nos hubieran conocido, y cogiendo al Nacón emprendimos rápida vuelta hasta dejarlo tendido en el lindero del bosque, envuelto en la misma manta que le habían amarrado a la cabeza, de modo, que de nadie fuimos conocidos.

—Este es, dijo Surabta, dirigiéndose a Holcatl, mi buen Deyé; el más hábil y fiel de mis guerreros.

—Ya se ve, dice Holcatl, por la relación que ha hecho, pero dime Surabta, —¿por qué motivo has establecido esa estrecha vigilancia?

—Es que el Nación me había advertido, dice éste, que Xochitl corría un gran peligro desconocido por alguna trama que le estaban preparando los partidarios del Gran Sacerdote.

—Debistes habérmelo avisado enseguida, le contesta, pues aunque tienes unos ayudantes que pueden dar lecciones en esta clase de servicios a los guerreros nahuas, yo estoy dispuesto a ayudarte personalmente y con todos mis guerreros. —Y ahora vuélvete al salón para que no extrañen tu ausencia y yo corro en busca del Nación.

En el momento de entrar, le salió al paso la princesa Huitzillin diciéndole: —¿Por qué te escondes de nosotros, amigo Surabta? —Te buscaba para decirte, que acabo de pedir al rey que el día de mi fiesta te nombre como oficial a mi servicio: —¿qué te parece mi idea?

—Princesa, para mí será ese día el más grato que haya tenido en mi carrera de guerrero.

Después se fueron acercando hacia un círculo de cortesanos que rodeaba al Gran Sacerdote. —Ya habrás sabido, Huenac, le dice la princesa, de lo prodigioso que ha resultado Surabta para nuestro juego favorito. —Me han dicho que repetidas veces saltó sobre la cabeza de sus contrarios y que con su veloz carrera nadie podía alcanzarlo. —Yo te reclamo, Surabta, que adoptes el color de mis jugadores que es el rojo: ¿me lo prometes?

ha de cesar, pues el horóscopo que saqué del Gran Tutulxiu asi lo indica; pero mientras tanto, hay que rodear de una constante vigilancia a Xochitl y hacer que cuanto antes el rey conozca lo sucedido, sin que los sacerdotes puedan llegar a sospechar quienes fueron los que auxiliaron a mi ayudante; y con respecto a Xochitl, no temas que la ataquen ostensiblemente. —Tratarán de poner todos los medios para que deje apagar el fuego sagrado, o por alguna otra forma conseguir que sea condenada a muerte.

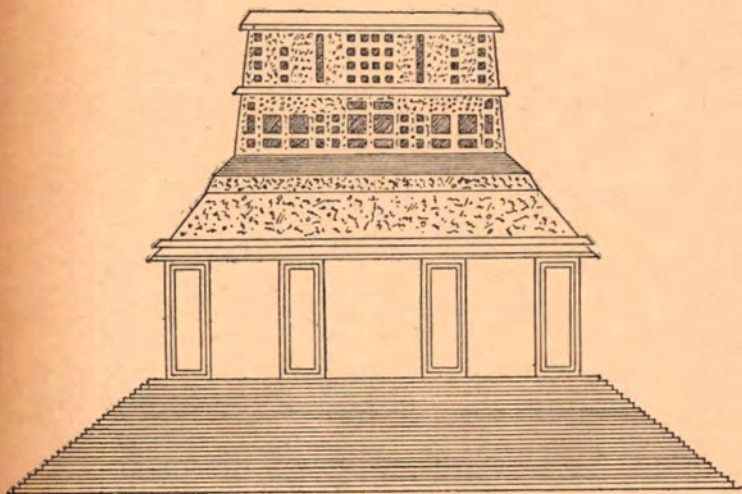
—Mañana iremos a visitar el Templo del Sol. —Espérame en las gradas a las once, y al ser medio día la verás entrar en su cotidiana ocupación de cuidar el fuego del altar; pero te recomiendo que guardes en su presencia un completo silencio, pues una palabra tuya podría traerle la ruina.

CAPITULO VI

Acostumbraba Surabta a reunirse por las tardes con algunos de sus más ágiles guerreros en el juego de pelota y allí se dedicaba a constantes prácticas. Con preferencia elegía los días en que el local no estaba ocupado por otros jugadores y con la constancia propia de su raza, pasaba horas seguidas practicando solamente el paso de la bola por el círculo de piedra. Deyé lo secundaba también en estas prácticas y a fuerza de constancia llegaron por fin a sentirse capaces de enfrentarse a los más competentes jugadores. Para que los itzaes no se diesen cuenta de los progresos que hacía en este juego se entrenaba con sus terbis en las afueras de la ciudad en ejercicios de velocidad y en los saltos, y en esta forma llegó a obtener una gran eficiencia.

Temprano del día siguiente, ya contemplaba Surabta la esbelta pirámide sobre que estaba emplazado el Templo del Sol, atento con gran anticipación a la cita que el Nacón le había dado, cuando llegó éste.

—Observaba, le dijo Surabta, que la base de esta pirámide es más reducida que la del Templo de las Vestales.



Templo del sol. Na-chan-caan. (Palenke)

—Efectivamente, le contesta, y ello se debe a que el gusto arquitectónico nahua es más refinado que el antiguo maya. —Fíjate en que la altura del Templo es igual a la del vecino y que sólo a la pirámide es a la que le han dado menores dimensiones y por eso da una impresión de mayor esbeltez y elegancia. —Ese signo del frente representa al sol; y ahora observa que estos medallones estucados de los dos pilares extremos son distintos a los de los otros tem-

plos y en cambio, los de los pilares centrales son iguales. —Con más tiempo los estudiaremos detenidamente, pues hoy quiero que dediquemos toda nuestra atención al estudio de los bajo-relieves del Altar.



Símbolo del sol

—Este corredor de la entrada está distribuido en igual forma que el del Templo de las Inscripciones y estos huecos que ves en las paredes son ventilaciones que dan al subterráneo que queda debajo del salón central. —Entremos. —¿No sientes, amigo Surabta, como si una gran paz se hubiese adueñado de tu ser y como si en medio del silencio que reina en este templo te sintieses incapaz de todo mal pensamiento?

—Eso mismo iba a decirte, querido Nación. —La impresión que yo he sentido al entrar ha sido tan fuerte, que mi respiración quedó en suspenso. —Nunca en mi vida he tenido una impresión semejante: digo mal, pues recuerdo que otra vez sentí algo parecido.

—Acababa de ser herida Xochitl, y ambos temimos que la flecha estuviera envenenada. —Entonces ella me pidió que encendiera una fogata junto a sí. —Estábamos extenuados por el hambre y por las constantes luchas, y a la vez fuertemente deprimidos por la herida de Xochitl.

—Entonces me llamó a su vera y comenzó a entonar un débil canto con palabras misteriosas.

—Tenía sus ojos intensamente fijos en la hoguera y yo también la miraba y creía observar como si las lenguas de las llamas se enlazaran en un constante jugueteo, y era tal la atracción que esto me producía, que no podía apartar mi vista de ellas; pero de pronto volví a la realidad pues había ido notando que el canto de Xochitl se hacía cada vez más tenue, y entonces fue inmensa mi ansiedad porque la creí muerta. —Todos mis guerreros estaban dormidos. —Mi congoja llegó a tal extremo, que por primera vez en mi vida me dirigí a sus dioses en demanda de protección para mi amada, y entonces sentí una impresión semejante a la que acabo de notar en este Templo. —Enseguida me vino el recuerdo de una lección que ella misma me había dado sobre medicina, y a la escasa luz de las estrellas fui buscando la planta que curaba las heridas. —Vertí el zumo sobre la rasgadura producida por la flecha, y curó rápidamente.

El Nación lo había estado escuchando atentamente y cuando terminó su relación le dijo:

—Algún día sabrás cuán protegido estuviste por los dioses en esa noche y cómo ellos te condujeron de la mano para obtener la curación de mi discípula predilecta. —Pero sigamos nuestro estudio:

—Observa que los calados en forma de cruz de esas ventanas, al igual que el de la estructura superior del techo, tienen la particularidad de que a toda hora entran por ellos los rayos del sol. —Acerquémo-



ARAUSI

nos al Altar para que puedas apreciar los bellos bajo-relieves que lo adornan; y al decir esto, se oyó el roce de unas sandalias sobre el piso de piedra.

Surabta se volvió rápidamente y se encontró frente a Arausi, vestida toda ella de blanco como una aparición, y entonces, doblando lentamente una rodilla e inclinando su cabeza, escondió la cara entre sus manos cruzadas.

Por largo rato se mantuvo en esa actitud de adoración escuchando sólo el débil rozar de sus sandalias y, sin atreverse a levantar la cara, temeroso de que sólo con mirarla pudiera herir de muerte a su bien amada.

Cuando comenzó a oír que lentamente se iba dejando de escuchar ese susurro, entonces volvieron a su ser las rebeldías de otros tiempos y, como un felino, se enderezó rápido. Arausi se había detenido frente a la entrada y apoyaba la mano en la cabeza de su fiel tigre. Un rayo de luz la nimbaba, pareciéndole a Surabta que a influjo de su potente amor se hubiera convertido en una diosa.

Entonces a paso lento se fue acercando éste al Nación, el cual estaba como abstraído y con su vista fija en una lejanía ignota, y temeroso de despertarle del misterioso éxtasis en que estaba, comenzó a decirle lentamente:

—Mi buen Nación: —Tú que eres capaz de profundizar en el alma de los seres y las cosas, mira con ojos de compasión la intensidad de nuestro amor y con tu gran inteligencia busca el medio de que pueda dirigir la palabra a mi amada sin matarla.

Entonces el Nacón dijo a Xochitl. —Acércate sin temor, pues he creado un tupido velo para envolver vuestros amores y así evitarles todo mal. —Aquí tienes a Surabta que ha comprobado ser capaz de toda clase de renunciaciones y sacrificios por tu amor. —Acérquense y crucen las manos, pues en la paz de este templo deseo observar los colores del divino amor que os envuelve.

Se quedó el Nacón por un rato silencioso y después fue diciendo: —Veo cómo se acrecientan las vibraciones del espacio que os rodea: —ahora, que los colores de vuestros cuerpos se amalgaman y que de esta unión va resultando un tono de mayor pureza, y escucho la armonía que siempre resulta de la unión de dos tonos melodiosos. Se quedó el Nacón en silencio, como escuchando y después, siguió diciendo:

—Ya comienzo a escuchar cómo esas melodías se van convirtiendo en la palabra divina de los dioses. —Por fin las he comprendido; y principió el Nacón a recitar:

«Sólo por el sublime amor y nunca por los cruentos sacrificios es que los hombres pueden obtener el auxilio de los dioses».

La mirada del Nacón resplandece de intenso júbilo. —Ya lo habéis oído, dice: —Esa es la misión que los dioses os tienen reservada. —Luchar a favor de las salvadoras doctrinas de Tutulxiu con toda va-

lentía, hasta conseguir que de las leyes del Estado sean borrados para siempre los sacrificios humanos.

—Felices los que tienen una misión tan noble que cumplir en esta vida.

—Y ahora, Xochitl, terminó el Nacón, quema un poco de copal para así borrar con su perfume el rastro que haya podido quedar en los colores de tu cuerpo, por haber estado Surabta tan cercano a tu persona.

Surabta sentía en todo su ser una intensa felicidad, pues comprendía que ahora más que nunca su alma se había identificado íntimamente con la de su amada.

Cuando Xochitl se hubo ido, siguió el Nacón su enseñanza interrumpida en esta forma:

—Como ves, la puerta del Altar está frente a la principal de la entrada. —Mira los bellos adornos de este friso: —Este globo representa a la tierra, pero cuando lleva a sus lados estos dos manojos de plumas, entonces se refiere a otro mundo superior. —El Templo de las Vestales tiene en las puertas del Altar dos bajo-relieves iguales a éstos. —El de la izquierda parece semejar un guerrero en traje de gala con el perfil de un correcto tipo maya, pero, realmente, representa a una deidad, pues en el casco con plumas lleva la representación del simbólico «cipactli» que le cae sobre la frente. —Es la representación del Dios Sol, como puedes verlo por el medallón que lleva al pecho con el disco solar grabado en él. —Todos estos signos que aparecen en el maxtli se refieren a la cronología y esta culebra de plumas repre-

senta a Quetzalcoatl. —Con su mano derecha presenta una ofrenda ante el ara del fuego, y levanta la izquierda en actitud de adoración.



Bajo-relieves del Templo del Sol.—Na-chan-caan (Palenke)

—Esta orejera que pende de su casco representa a la estrella de la mañana, y en cambio, las orejeras del casco de este otro personaje del bajo-relieve de la derecha representan a la estrella de la tarde y lleva pájaros y hojas, en vez de plumas como el otro. —Es la representación de Votán con la espalda cu-

bierta por la piel de «océlotl» (tigre). —Su culebra de cascabel lleva sólo plumas en el cuello y en la cola y de este canuto con que sopla, salen los vientos que producen las tempestades, pues él representa al dios del aire.



Quetzalcoatl (culebra con plumas)

—Demos por hoy terminado nuestro estudio y en un próximo día te prometo dar una explicación más detallada sobre el significado del tablero de la cruz, que queda en la cámara interior del Altar. —No vayas a olvidarte esta noche de ir a buscarme para que sigamos los estudios sobre la lengua terbi.